

L
a
E
xperiencia
L
iteraria

PRIMAVERA 1994

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La experiencia literaria

Directora

Eugenia Revueltas

Secretario de redacción

Arturo Souto A.

Consejo editorial

Arturo Souto, Manuel de Ezcurdia, Jorge López Páe
Marcela Palma, Eugenia Revueltas

Ayudante de redacción

Blanca de Lizaur

Coordinador editorial

Eugenio Aguirre

Diseño de la colección y edición electrónica

Glypho, Taller de Gráfica, S.C.

Sumario

Presentación	5
---------------------------	---

Polémica

<i>Y la cortina de humo se derrumbó en pedazos</i> (un inmodesto prólogo posmoderno), <i>Seymour Menton</i> . Traducción de <i>Federico Patán</i>	9
<i>El futuro de la teoría literaria: ¿y después del exceso de crítica y el olvido del texto...?</i> Entrevistas a <i>Arturo Souto</i> , <i>Federico Álvarez</i> , <i>Antonio Alatorre</i> y <i>Manuel de Ezcurdia</i> por <i>Blanca de Lizaur</i>	15

Ensayo Monográfico

Viaje a través de la lengua, el tiempo y la mente a partir del descubrimiento, <i>Hernán Lavín Cerda</i>	29
La conquista y el hibridismo cultural en Sahagún, <i>Bernardita Llanos M.</i>	35
Hacia una poética de lo americano en el teatro del siglo XVII (España y Nueva España), <i>José Amezcua</i>	43
Destrucción del cuerpo y edificación del sermón. Enfermedad y mortificación como método en los conventos de monjas. Un ensayo de aproximación a <i>Sor Juana</i> , <i>Margo Glantz</i>	61
La caracterización alegórica en la <i>Navegación del alma</i> de <i>Eugenio de Salazar</i> , <i>Humberto Maldonado Macías</i>	75

Ensayo Varío

Pre-textos para la metaficción historiográfica de <i>Carlos Fuentes</i> , <i>Rafael E. Correa</i>	89
La angustia de la identidad y el mensaje pacifista en <i>Ifigenia Cruel</i> de <i>Alfonso Reyes</i> , <i>Marcela del Río</i>	97
Literatura sapiencial de Israel, <i>Ma. Enriqueta González Padilla</i>	109
El centro contra las periferias (el nacionalismo defensivo de <i>Altamirano</i>), <i>María Rosa Palazón Mayoral</i> y <i>Columba Galván Gaytán</i>	121

Creación

El Idiota, <i>Arturo Souto</i>	137
La tercera llamada, <i>José Luis González</i>	141
La rebelión de los ángeles, <i>Eugenio Aguirre</i>	153

Investigación

Seminario de Cultura Hispánica	
El “desacuerdo” como objeto poético en el <i>Libro de Buen Amor</i> , <i>Graciela Cándano</i>	161

El mundo al revés. Un acercamiento a la España del siglo XVII (autobiografías de soldados), <i>Margarita Palacios Sierra</i>	167
La imagen del mundo al revés en Baltazar Gracián, <i>Claudia Ruiz García</i>	173
El placer de la burla. Un lector colaborador del Quijote, <i>María Stoopan</i>	179
Seminario de Traducción Odas, <i>Horacio</i>	189

In Memoriam

Obituario, <i>Elizabeth García Medina</i>	197
En mi último adiós, <i>Marcela Palma</i>	199
Más allá de las nubes, más allá de los tiempos, <i>Lourdes López</i>	201
De amistad y afinidad vocacional, <i>María Dolores Bravo Arriaga</i>	203
De la poesía al teatro, <i>Armando Partida T.</i>	207

Reseña

Palinuro, la muerte, la escalera..., <i>Daniel Zavala</i>	211
---	-----

Destrucción del cuerpo y edificación del sermón. Enfermedad y mortificación como método en los conventos de monjas. Un ensayo de aproximación a Sor Juana*

Margo Glantz

La hagiografía es una escritura particular, narra la vida de los santos. Es, por ello, una escritura edificante. Para Sebastián de Cobarruvias, el autor del *Primer Diccionario de la Lengua Castellana*, edificar tiene además de su significado original, el de construir, un sentido figurado, “dar buen ejemplo uno con su vida y costumbres llevando a los demás tras sí con imitarle”. Las vidas de santos pretenden dejar de lado lo singular y lo específico, para destacar lo ejemplar, la médula del discurso, aquello que es cíclico, tautológico, redundante. La hagiografía católica española del siglo XVII —tanto en la metrópoli como en las colonias— trabaja también un tipo de discurso subordinado, que no relata propiamente la vida de los santos, sino la de aquellos que al dar pruebas de “humildad profunda, mortificación extremada, pureza angelical”, optan por el camino de la perfección, o son postulados por sus biógrafos para la santificación.

Estas vidas edificantes se recrean mediante un lenguaje especial que organiza un nuevo modelo de escritura y que, por lo general, se vierte en los sermones o en los escritos específicamente hagiográficos. La piedra de toque de este edificio singular es pues un monumento escrito: parte de lugares comunes, las virtudes, y se apoya muchas veces en los milagros, acontecimientos extraordinarios. La combinación de ambos datos proporciona recetas para alcanzar ese estado que en su grado más alto resultaría en la canonización, máxima instancia de consa-

* Este texto, tal como aparece aquí, fue leído en la Universidad de Rutgers el 27 de marzo de 1992. Su segunda mitad, a partir de la página 14, fue escrita especialmente para el Coloquio *LOS DISCURSOS DEL ARTE*, organizado por el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, celebrado en Taxco del 11 al 16 de noviembre de 1992. Esa segunda parte será publicada en los Anales de ese coloquio. Para finalizar, debo advertir que la primera página de este trabajo ha sido utilizada también como introducción al texto “Labores de manos: ¿hagiografía o autobiografía?” que será publicado en las Actas del Congreso Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz, organizado en el Colegio de México del 11 al 13 de noviembre de 1991.

gración, por ejemplo el caso de Santa Teresa de Jesús. El esquema primordial de imitación —que arquitectura sus vidas— es la Pasión de Cristo, el verdadero modelo para armar. La meta se alcanza si se recurre a un método “democrático”, inventado por Ignacio de Loyola: los ejercicios espirituales. Decía así San Ignacio:

El hombre no tiene más que dirigirse hacia Dios por los debidos caminos para alcanzarlo; a él puede llegar solamente con su fervor y el conveniente uso de las facultades naturales. Así como andando y corriendo el cuerpo se adiestra, también es posible, por medio de ejercicios, dar a la voluntad la disposición necesaria para encontrar la voluntad de Dios.¹

62

¿En la expresión genérica usada por Ignacio de Loyola, —“el hombre”— se incluye a la mujer? ¿La práctica, preconizada y definida por un sistema de ejercicios, intenta reproducir en el cuerpo femenino la Pasión de Cristo como uno de los senderos que conducen al camino de perfección? ¿Cómo se produce el salto cualitativo que hace del ejercicio también una escritura?

Otra pregunta más, fundamental en este texto, ¿por qué al discurso hagiográfico, situado al final de la historia, según Michel de Certeau,² se le llama también discurso edificante? ¿Qué se construye? ¿Qué edificios se fabrican? ¿Cuál es la razón de su fábrica? Intentaré responderlo analizando un sermón que leyó, en ocasión de la muerte de una monja, el Padre Jesuita Antonio de Oviedo, discípulo, heredero y autor de una vida edificante del padre Núñez de Miranda, muy conocido de manera vicaria porque fue el confesor de Sor Juana Inés de la Cruz.³ El sermón lleva el significativo nombre de *Los milagros de la cruz y maravillas del padecer. Sermón que en las solemnes honras que el día 26 de abril de 1728 le hicieron a la V. M. Sor María Inés de los Dolores.*⁴

Las vidas edificantes tratan de las mujeres y de los varones que buscaron el camino de la santidad y se proponen como candidatos a la canonización; esta finalidad se alcanza raras veces pero constituye un modelo de imitación de la Pasión de Cristo. El camino de la vida de perfección es concreto; podría llamársele, literalmente, un tratado arquitectónico de la mortificación del cuerpo: en el propio cuerpo se reconstruye el cuerpo del otro, el de aquel que es imitado, el Redentor. La construcción entonces presupone una destrucción, me explico.

La destrucción del cuerpo

Ignacio de Loyola inició entonces una nueva forma de religión, basada en los llamados ejercicios espirituales. En realidad, se trata de ejercicios corporales, como

¹ Citado por Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan, Princesa de la India y visionaria de Puebla*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990., p. 49.

² Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. México, UIA, 1985, p. 187.

³ María Dolores Bravo, "Erotismo y represión en un texto del Padre Antonio Núñez de Miranda", en *Literatura Mexicana*, Vol. 1, Núm. 1. 1990, pp. 127-134.

⁴ Juan Antonio de Oviedo, *Los milagros de la cruz y maravillas del padecer. Sermón que en las solemnes honras que el día 26 de abril de 1728 le hicieron a la V. M. Sor María Inés de los Dolores*, México, José Bernardo de Hogal, 1728. Salvo indicación especial, los subrayados son míos. Modernizo la ortografía de los textos antiguos.

lo señalaba al principio de este texto; ejercicios corporales destinados a provocar un estado anímico especial encaminado a provocar el éxtasis y una "interlocución con Dios".⁵ Consisten, según las propias palabras del santo, en lo siguiente:

Castigar la carne i... zes, a saber, dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios y sogas o barras de hierro sobre las carnes, flagelándose o llagándose, y otras maneras de asperzas? Lo que parece más cómodo y más seguro en la penitencia, es que el dolor sea sensible en las carnes y que no entre dentro de los huesos, de manera que dé dolor y no enfermedad; por lo cual parece que es lo más conveniente lastimarse con cuerdas delgadas, que dan dolor de fuera, que no de otra manera que cause dentro enfermedad que sea notable.⁶

Hay que hacer hincapié en la distinción, cuidadosamente subrayada por Ignacio, entre dolor y enfermedad. Se traza una diferencia casi esquizofrénica entre uno y otra. Lo explicaré: No se permitía profesar a quienes estaban enfermos o a quienes tenían alguna deformidad física. María Inés de los Dolores, la monja ciega a quien Oviedo dedica el sermón que me ocupa, recibió el permiso excepcional de profesar cuando estaba ya a las puertas de la muerte ("Lo mismo fue recibir los sacramentos y hacer la profesión". p. 17). Hacer disciplina era, por otra parte, obligatorio, y formaba parte de los *ejercicios espirituales* cotidianos, cuya ejecución consistía en aplicar sistemáticamente, sobre las carnes, los instrumentos de tortura, llamados eufemísticamente disciplinas. La vida disciplinaria era una norma en todos los conventos, aun en los de regla más suave. El sistema de penitencias organizado para las monjas de la regla de carmelitas descalzas era tan rígida que Sor Juana tuvo que abandonar, por enfermedad, el convento de Santa Teresa la Antigua, tres meses después de ingresar allí.

Flagelarse, penitenciarse, disciplinarse era un deber cotidiano, idéntico en su inflexibilidad al rezo de las oraciones y a la meditación. No es extraño que siguiendo este régimen las monjas cayeran víctimas de muchas enfermedades y, sin embargo, la enfermedad en sí, como ya lo advierte San Ignacio, era un objetivo poco deseable. Lo que se buscaba era provocar el dolor y no la enfermedad. Círculo vicioso sin salida: las penitencias, el ayuno, unidos a las condiciones deplorables de higiene hacían de los conventos lugares muy insalubres. Las monjas estaban siempre en vilo, una enfermedad prolongada podía causar su expulsión del convento y el anatema de Dios, y por tanto de su sociedad.⁷

⁵ Roland Barthes, *Sade, Loyola, Fourier*. Caracas, Monte Avila, 1977, (Loyola, pp. 45-78).

⁶ Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales, Obras completas de*, Prologadas y comentadas por el P. Ignacio Iparraguirre, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963, p. 217.

⁷ "La enfermedad era un impedimento para permanecer en la clausura conventual. La decisión de permanecer o salir la tomaba la priora con la maestra de novicias antes de la profesión. Algunas de las religiosas preferían callar antes que ser expulsadas. Otra vez tenemos aquí el temor del rechazo y la vuelta a la sociedad, que de una manera u otra las señalaría como no aptas para Dios, y por lo mismo inútiles". Manuel Ramos Medina, *Imagen de santidad en un mundo profano*, México, Universidad Iberoamericana, 1990, p. 146. 18) Cf. Bynum, *op. cit.*, p. 165-167. Caroline Walker Bynum "The Female Body and Religious Practice in the Later Middle Ages" en *Fragmentation and Redemption, Essays on Gender and the Human Body in Medieval Religion*, Nueva York, Zone Books, 1991. Ella advierte que la enfermedad atacaba a ambos sexos, pero... "these facts... clearly indicate that the society found it more valuable to cure one sex than the other", p. 167.

A estas mujeres, sitiadas entre los ambiguos polos de la enfermedad o del dolor, se les considera místicas. Me parece que se crea cierta confusión cuando se utiliza el término aplicándolo a las monjas que tenían arrebatos y visiones, causados por esta práctica disciplinaria. Quizá se trate más bien, como dice Francisco de la Maza,⁸ de un fenómeno de ascetismo. A diferencia de los místicos del XVI, por ejemplo San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, que no precisaban de flagelaciones ni de cilicios para su unión espiritual con Dios, las monjas “edificadas” del siglo XVII utilizaban esos métodos como ejercicio cotidiano para provocar las visiones, en un afán por imitar la Pasión de Cristo y comunicarse con él a través de los sentidos. Una ascética corporal de ese tipo provoca necesariamente delirios: “Con un Santo Cristo y un azote puede llegar a santo cualquiera”, decía Santa Catalina de Siena. El ejercicio ascético al que se libraban las monjas de la colonia procede sobre todo de los jesuitas y específicamente de San Ignacio de Loyola que se basó, exarcebándolas, en las teorías de los místicos flamencos de la *Devotio Moderna* y, sobre todo, en la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis quien instaura una metodología de la vida cotidiana en el campo espiritual; Ignacio la convierte en una práctica corporal, en una jerarquización rigurosa y metódica de las horas del día, dividida y subdividida en múltiples cuadrículas, al grado de que no quede ningún intersticio de libertad para ejercer uno de los máximos atributos de que el hombre disponía, el libre albedrío, defendido teóricamente por los jesuitas y erradicado de la vida de los creyentes por la rigidez con que debían conducirse, según los preceptos de la Compañía de Jesús, que, como la mirada de Argos, pretendía controlar hasta lo infinitesimal. La bibliografía colonial mexicana está llena de textos reguladores —manuales, catecismos, sermones, cartillas— donde hasta las actividades más nimias de la vida diaria y todos los comportamientos se establecen y se definen con base en exclusiones, duraciones temporales, órdenes imperativas. Armados de una ambivalente autoridad, los confesores y los altos prelados exigían a las monjas ejercicios ascéticos “moderados”, aunque alababan a aquellas que se desmesuraban en esas prácticas, como puede probarse en numerosos textos de la época:

(Sor Inés de los Dolores) Guardaba aquel total retiro que la ceguera, enfermedades e inclinación de su genio demandaban. Maceraba su carne con ásperos cilicios y sangrientas disciplinas, hasta que la prudente cordura de sus confesores se lo impidió, conociendo que, en los dolores continuos de sus enfermedades, excedía con ventajas cuanto pudiera tolerar con penitencia más rigurosa. (Oviedo fol. 10v.).

La enfermedad, considerada en la Edad Media como una virtud, sobre todo si la padecían las mujeres, propiciaba el camino de la santidad. Hay mayor número de santas enfermas que santos; es más su santidad solía derivarse de la abnegación y paciencia con que soportaban la enfermedad y atendían a los enfermos. Un porcentaje bastante elevado de santas fueron favorecidas y reci-

⁸ Francisco de la Maza, *op. cit.* pp. 48-50. Es por demás singular verificar que algunas mujeres medievales utilizaban métodos parecidos.

bieron los estigmas de Cristo en la Edad Media, mientras que sólo dos santos, Francisco de Asís y el Padre Pío, más tardíamente, fueron objeto de ese señalamiento. A algunas de las santas así escogidas, les sangraban periódicamente los estigmas, al tiempo que una anorexia "sagrada" permitía que cesaran por completo sus secreciones internas, las cuales, al no manifestarse, cancelaban las funciones fisiológicas distintivas de la mujer.⁹ Este tema no se trata de manera directa en los textos edificantes del siglo XVII; su manejo es elíptico: trataré de seguir sus recovecos.

Quitar de nosotras el amor de este cuerpo...

Lo primero que hemos luego de procurar, quitar de nosotras el amor de este cuerpo(...) y determinaros mis hijas que venis a morir por Cristo y no regalaros por Cristo.¹⁰

65

Para morir en vida por Cristo era necesario mortificarse. Privarse de cualquier tipo de placer, al grado que las carmelitas descalzas aceptaron añadir a los cuatro votos reglamentarios, pobreza, castidad, clausura y obediencia, un quinto voto, enternecedor, la promesa de no comer chocolate. La mortificación es un ejercicio continuado, inquebrantable, y forma parte de la distribución de las horas del día; esa distribución minuciosa, exhaustiva que pretendía cerrar la puerta a cualquier resquicio del mundo exterior y permitir la práctica implacable de la contemplación. Las monjas más *mortificadas* eran las más santas, las más admiradas. Sor Juana lleva a cabo las disciplinas normales de su profesión, incluyendo los flagelos, pero en su *Respuesta a Sor Filotea* transfiere la idea de martirio al dominio de lo simbólico, acercándose en espíritu y no en cuerpo al Salvador.¹⁰ Por eso la critica el Padre Oviedo, autor de una biografía de su maestro, el padre Núñez, como ya lo había dicho antes, confesor de Sor Juana. En el sermón que he venido analizando no la nombra directamente; su ataque es elíptico, pero su alusión a la monja jerónima es meridiana, tanto como es clara su advertencia a las monjas de que el único camino para la perfección y la salvación es la destrucción sistemática del cuerpo, siguiendo ciegamente los métodos que prescribe el confesor:

Tan lejos estuvo esta señora de amar o desear estos favores de Dios extraordinarios, que temblaba y se horrorizaba sólo con su memoria; allí por juzgarse indigna e incapaz de todos ellos, como por temer el riesgo y peligro que ocasionan, y de que han sido ejemplo espantoso tantos Ícaros —que valiéndose de estos favores como de alas, pero de cera— que, desvanecidas a la luz y calor de los aplausos, los hicieron despeñar en precipicios. Y por ello suplicaba instantáneamente a Dios, que la librara de ese camino y la llevase sólo por la segura senda del padecer, asistida de vivísima fe, de firmísima esperanza y de ardentísima caridad.¹¹

⁹ Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, cap. 15.3 Citado en Ramos, *op. cit.*, p. 141.

¹⁰ Ver *Respuesta a Sor Filotea*: Para corroborar que participaba de la vida "mortificada" leer sus *Ejercicios para la Encarnación* y el texto que sobre este tema escribió Georgina Sabat-Rivers, "Ejercicios sobre la Encarnación: sobre la imagen de María y la decisión final de Sor Juana" en *Literatura Mexicana*, vol. 1, núm. 2, México, UNAM, 1990, pp. 349-371.

La *segura senda del padecer*, tan perfectamente definida por Oviedo, incluía un catálogo *ready made* de mortificaciones; se escogían las más adecuadas a cada temperamento y se perfeccionaban de manera individual, único campo de libertad que podía ejercitarse. Traer continuamente una corona de espinas en la cabeza; atarse cadenas gruesas en el cuello o en la cintura, o aherrojar con ellas piernas y brazos, cargar cruces pesadas, disciplinarse con vigor para lograr que la sangre salpicase las paredes y se distribuyese por el cuerpo como se distribuía por el cuerpo del redentor en la iconografía de la época, muy abundante en los espacios comunitarios del convento, en la iglesia, y en las celdas de las monjas. Solían practicar sus ejercicios vestidas de manera especial, a veces con enaguas de cerdas, cubiertas por un saco y usando una soga por cinturón y totalmente descalzas; se ejercitaban también en la humildad cuando besaban los pies y recibían bofetadas de las otras monjas; cuando renunciaban a parte de su comida, o comían en el suelo con una venda en los ojos o una mordaza en la boca. Exagerando los preceptos fijados por Loyola, las disciplinas se aplicaban con cuerdas muy gruesas y esmero singular —sobre las espaldas desnudas de las víctimas— que alternativamente ejercían también el cargo de verdugos.¹²

El padecer, continua Oviedo, es connatural en el hombre como el vuelo es natural en las aves. El mundo es un valle de lágrimas, y a él se llega a padecer. El sufrimiento es una carga que llevamos, ordenada por Dios para lavar la mancha del pecado original, de la misma manera que Cristo cargó la cruz para salvarnos de ese pecado. Pero el gesto de Cristo sólo es válido si se reproduce universal y sistemáticamente; no basta con padecer, una simple acción vulgar y cotidiana, casi genética, y tan natural como el caminar o el hablar. Por ello, los métodos que San Ignacio concebía como ejercicios solitarios fueron modificándose hasta alcanzar refinamientos muy variados y representaciones colectivas, como las que aún se ofician regularmente en el convento de Atotonilco en Guanajuato, para citar sólo uno de los ejemplos más relevantes.¹³ En la invención de nuevas torturas y la intensificación del dolor para convertirlo en un padecer extraordinario consistía la originalidad de cada monja “edificada”, y sólo de esa manera su vida era ejemplar. La madre María del Sacramento, además de llevar perpetuamente una pesada cruz sobre los hombros, se colocaba “una medalla del Santísimo Sacramento que hacía lumbre, tenía sellado el pecho, corazón y brazos, porque era amantísima de este divino Señor Sacramento y decía era su esclava”¹⁴ El único padecer admirable, ejemplar, es el

¹¹ Oviedo, *op. cit.*, p. 2. Las alusiones a Sor Juana son definitivas: utiliza las metáforas que ella muy a menudo utilizó, entre ellas, las de Icaro y Faetonte que por querer alcanzar al sol se desbarrancan: alude por otra parte a los aplausos del vulgo y a su soberbia al no querer aceptar al pie de la letra los preceptos de su confesor, cosa a que se negó Sor Juana y a las que María Inés de los Dolores se conforma con placer, por lo que su ejemplo es perfecto, refleja su docilidad, su abnegación, su paciencia, y no la *espantosa* soberbia de Sor Juana.

¹² Cf. Ramos, *op. cit.*, Ver también José L. Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988.

¹³ Cf. Jorge F. Hernández, *La soledad del silencio. Microhistoria del santuario de Atotonilco*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

¹⁴ Ramos, *op. cit.*, p. 143, y las pp. 141 a 146. Cf. Sánchez Lora. capítulos citados.

ejercitado en plena conciencia y con absoluta regularidad. Gracias a ese método aplicado estrictamente, se puede alcanzar la perfección en esta vida, como ahora se puede estar en perfectas condiciones físicas si se siguen al pie de la letra las instrucciones de Jane Fonda o de Cher o siguiendo las dietas reguladas por los *weight watchers*. El padecer natural, genético, no es meritorio, sólo es “prodigioso, admirable ...el padecer ¿que se propasa excediendo los límites de la medida, peso y número ordinario” (p. 3). Tal fue, agrega Oviedo, el padecer de Job, el de Cristo, y el de sor María de los Dolores. Así colocada, la monja forma parte de una serie muy singular, la de una trinidad. ¿Cómo podría justificarse dentro de la ardiente misoginia jesuita esa inserción?

Vivía clavada en una cruz intolerable

El espíritu barroco se amolda a una imaginación que funciona de manera extraña, por lo menos para nosotros ahora. La imaginación tiene acceso a un número limitado de imágenes, cuidadosamente seleccionadas. La fijación de imágenes lícitas y la existencia de imágenes ilícitas queda definida de acuerdo a una encarnizada clasificación y a una constante prédica sacerdotal, seguida de una posterior teatralización. Una técnica sanguinaria se encarga de disciplinar al cuerpo y a la mente. Es conveniente reiterar que los ejercicios son más bien corporales que espirituales; y el cuerpo se encarga de transmitir también al espíritu varios modelos de pensamiento y de imágenes. El ejercicio corporal exacerbado provoca visiones, éxtasis. Las visiones entran en el cauce reducido de una codificación estrechamente vigilada por el confesor. Si estamos ante un monja, este aspecto es esencial:

...aunque las visiones, revelaciones, etc. sean del demonio, se enderezan y logran con ejercicio y mejora de heroicas virtudes si se gobiernan por obediencia ciega y sincera de sus Superiores y Padres espirituales, amonesta el Padre Núñez de Miranda en un sermón pronunciado durante la profesión de una monja del Convento de San Lorenzo.¹⁵

La figura central en los ejercicios es la figura de Cristo crucificado y el deseo más vehemente de los creyentes es imitarlo. Es extraño que las monjas no quisiesen parecerse a la Virgen María, y lo anoto sin detenerme demasiado en ello, aunque creo que es necesario analizarlo. Quizá se deba al hecho de que las monjas se convertían, al profesar, en esposas de Cristo y los esponsales celebrados reiteraban la unión de una mujer viva con un esposo muerto. Si adquiría la máxima categoría al profesar, la monja llevaba un velo negro, símbolo de su calidad de viuda:

¹⁵ Antonio Núñez de Miranda, *Plática doctrinal que hizo el P... de la Compañía de Jesús; Rector del Colegio Máximo de S. Pedro, y San Pablo, Calificador del S. Oficio de la Inquisición; Prefecto de la Purísima*. En la profesión de una señora religiosa del Convento de San Lorenzo. México, Imprenta de la Viuda Calderón, 1679.

Profesar una señora religiosa, subraya Núñez, es desposarse reina con Cristo; y desposarse reina es entregarse toda, por entero, con todo su ser, cuerpo y alma, a la voluntad de su esposo. Es quedar toda de Cristo, con todas sus dependencias, querer y haberes, y en nada suya, ni aún en el albedrío, decreta Núñez de Miranda (op. cit. fol. 2 r)... La primera ceremonia es llevar toda la comunidad, con luces en las manos, a la profesa, como si la acompañaran de entierro, muerta de amor, que se va por su pie a la sepultura, hasta el coro bajo, donde antes de llegar al comulgatorio, que es el tálamo de sus bodas, postrado a lo (de) difunta, le dicen las letanías de agonizantes (fols. 6v y 7r).

68

Casada con Cristo, la monja tiene que recrearlo en su propio cuerpo: la imitación es por ello concreta, se busca reproducir con escasas variantes sus sufrimientos, recorridos con delectación una y otra vez; tanto monjas como monjes se penitencian por igual, pero las mujeres tratan de trascender su inferior condición de seres húmedos y viscosos mediante los refinamientos más sofisticados para acrisolar sus tormentos. En cierta forma la imitación de Cristo toma prestada la imagen de Narciso. Cristo es el modelo; el creyente lo copia de la manera más exacta que puede. Esa copia se logra mediante un esfuerzo físico desigual: aspira a transformar el propio cuerpo y a hacer de la carne (no de los huesos, recuérdese) un material semejante al usado por los artistas cuando ejercen su oficio utilizando para hacerlo distintas materias primas. En los aspirantes a santos, la materia prima es el cuerpo. El cuerpo se conforma a modelos preestablecidos, aquellos que ha definido el arte postrirentino, llamado también barroco.

Las monjas tienen un impedimento de entrada, su cuerpo es diferente al de Cristo, imitar su sufrimiento implica forzosamente un esfuerzo mayor que el de los hombres; exige una revisión total de la corporeidad. En el discurso edificante femenino puede discernirse un método riguroso destinado a cancelar la diferencia sexual, hacer del cuerpo algo in-diferente. La mujer que aspira a la edificación debe apoyarse en espejos de santidad. Cristo, por ser mortal, estaba, como los hombres, dividido, en una parte superior, "espiritual" unida a la Divinidad, pero igualmente tenía un parte inferior, sujeta a las asechanzas del demonio y, por tanto, a los pecados de la carne. María Inés de los Dolores, atada "al potro de tormento de su enfermedad" y reducida al espacio de su cama, de la que no podría moverse; es decir, al estar clavada como Cristo a una cruz, era capaz de sentir, como el redentor, "dureza, sequedad, tinieblas y amarguras, sin que ella misma pudiese declarar, cómo se componían efectos tan encontrados, luz y tinieblas, suavidades y amarguras, gozos y desamparos" (folio 8v).

La única explicación posible puede darse prácticamente. Práctica constante, reiterada, y semejante a la de un artesano. La aplicación de la monja es singular y recibe por ello un premio. Durante toda la vida ha deseado ser como Jesús, su vida se ha dedicado íntegra a ese objetivo. Su largo padecer sólo termina cuando logra esculpir en su corporeidad la imagen acabada, prístina de la crucifixión.

Y según el juicio que hicieron las personas que la asistían, quiso el Señor en este día hacerla participante de los tormentos de su Pasión. Las cuerdas de todo pun-

to se le estiraron y comenzó a padecer atrocísimos dolores en lo pies, manos y costados; y los de éste eran tan vehementes y tan vivos que la hacían toda estremecer. Y dispuso Dios que no entendiéndosele lo demás que decía por el impedimento de las llagas de la lengua y la garganta, le percibieron fácilmente lo que de estos dolores explicaba. Cuando se quejó de los pies, registrándose los para darle con un poco de aceite de almendras algún alivio, se los hallaron con admiración uno sobre otro, en la misma forma en que los tienen de ordinario las efigies de Jesús crucificado (Oviedo, fol. 17d y 18v).

La edificación del discurso

He explicado someramente la destrucción del cuerpo femenino para acoplarlo al de Cristo, en un intento de perfecta imitación corpórea de su pasión. Existe sin embargo una forma de reconstruir el cuerpo, o de transformarlo en materia prima para construir un edificio verbal: una vez muerta la aspirante a la perfección, se convierte en modelo; lo aprovecha el sacerdote para erigirla como ejemplo en un sermón que, si, a su vez es ejemplar, se imprime después de haber circulado en cuadernos de mano. Los obituarios y sermones de la época barroca que utilizan términos arquitectónicos para definir una vida de edificación constituyen un capítulo especial de la literatura barroca: sus metáforas y sus alegorías erigen monumentos verbales, a manera de espejos de escritura. Los discursos se yuxtaponen y se contaminan: la práctica, los métodos para alcanzar la perfección constituyen *el* tratado de la vida edificante narrada mediante innumerables metáforas, profusión de alegorías e hipérbolos, en fin, el clásico paradigma del lenguaje postridentino y la estricta organización de un canon de construcción.

El canon de construcción

El sermón mismo se edifica. A la teatralidad que la emisión del sermón barroco exige, es decir a la gestualización dramatizada que el sacerdote impone a su discurso, se añade la superposición literal de niveles que construyen una oficialidad y trazan un canon desde el momento mismo en que el texto se imprime. Una advertencia y varios permisos de impresión constituyen la obra negra. La advertencia es un curarse en salud del predicador, una piedra de toque, garantiza la solidez del futuro edificio asentada en un precepto que refuerza el discurso oficial de la iglesia y el reiterado voto de obediencia al Papa, característico de los jesuitas.

Siguen dos páginas narrativas, los títulos del sermón, una exhibe el retrato de la monja cuya vida edificante ha disparado el discurso y la otra pormenoriza entre florituras los méritos del predicador y las cualidades de la muerta; especifica los nombres y títulos de los mecenas que patronizaron la impresión y dedica el texto a la comunidad de religiosas del convento de San Lorenzo, al tiempo que se avisa a los lectores que se tienen ya las licencias pertinentes para imprimirlo. Siguen luego y, por fin, esos permisos, los del Santo Oficio, los del clero

secular, los del superior gobierno, es decir, la licencia del Virrey, y los cimientos se consolidan conveniente y finalmente con los permisos de la Compañía.

El ejercicio de las virtudes y la esencia del padecer.

Al definirse los cimientos, puede edificarse en la escritura la vida ejemplar de Sor María Inés de los Dolores. Los textos reproducen como un espejo su propia literalidad y se duplican los niveles de metaforización. La vida de la monja se repite al imprimirse y su “continuo padecer” se reproduce literalmente: se logra este efecto gracias a la descripción que el autor de la dedicatoria, Andrés de San Miguel, hace del proceso mismo de impresión de un libro, pues mediante un esquema de metaforización lo compara con la vida ejemplar de la monja, semejante al papel que pasa “por las apreturas de la prensa y los tormentos del tórculo”.¹⁶

70

Este método rigurosamente elaborado y codificado se usa universalmente. Sor Juana Inés de la Cruz no es una excepción, pero en ella la metaforización barroca llega a su máximo: utiliza el sentido concreto, arquitectónico, de edificación, en su famoso *Néptuno Alegórico* donde reitera mediante una doble descripción, en prosa y en verso, la arquitectura efímera del arco que se erigió en la Plaza de Santo Domingo para recibir a los Marqueses de la Laguna. Aunque este texto de Sor Juana repite en la escritura una edificación literal, es importante tomarlo en cuenta dentro del contexto que analizo, ya que, bien lo sabemos, se produce un deslizamiento singular del lenguaje profano al lenguaje sagrado y viceversa. La literatura repite la realidad y al hacerlo la eterniza, como el sermón impreso retiene para la posteridad los momentos culminantes de la vida edificante. Se ha logrado un “doble exacto”, el retrato escrito de las cosas construídas, un silogismo sin colores, si utilizamos en negativo la metáfora clásica de Sor Juana. La metaforización se antoja más evidente —en lo teológico— en la Carta Atenagórica: los errores del Padre Vieyra se ponen en evidencia utilizando un símil arquitectónico.¹⁷ Ambos textos remiten en abismo a un más allá, a una alegoría que intenta descifrar otras verdades, las divinas.

Volviendo a la construcción del texto podría decirse enseguida que las intervenciones de los censores constituirían la fachada del sermón, los garigoleos del lenguaje imitarían las columnas salomónicas, los circunloquios y los revoloteos por la Historia Sagrada reproducirían los nichos con sus estatuas y las profusas decoraciones de las maravillosas portadas barrocas.

La materia prima: el estoicismo

La fortaleza con que la débil carne soporta la tortura se equipara a la de la piedra:

Mármol que le quisieron los males para olvidado sepulcro, y le arrebató la paciencia para triunfante arco. Piedra que grabando en ella el cielo muchas enseñanzas nos muestra como las piedras de mercurio el verdadero camino. p. 8. (mi numeración).

¹⁶ Las primeras páginas del sermón carecen de paginación. Modernizo la ortografía y la puntuación.

exclama, maravillado y en el colmo de la hipérbole, el Padre Andrés Montaña, autor de una aprobación, en su calidad de canónigo más antiguo de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México; con este símil, la escritura nos remite obviamente a los distintos monumentos que con piedras se construyen: arcos, mausoleos, sepulcros, estelas; refuerza la capacidad admirable, duradera y diamantina de la mártir para soportar su cruz, su profundo estoicismo, además de subrayar la pertinencia de su nombre:

Dice Santo Tomás y lo confirman los textos civiles, que los nombres han de convenir a las propiedades. Que admirablemente le conviene a la V.M. el renombre de Dolores. Cualquiera parte de su vida es un volumen de dolores... No es la desgracia, dice San Agustín, padecer las desgracias, sino no estudiar en su dura escuela a merecer las dichas, y para conseguir esta utilísima sabiduría todos podemos tomar de este cuaderno la lección. (p. 7, num. mía).

71

La última proyección metafórica de la piedra es la de ser la esencia misma del estoicismo. El terreno propicio donde puede construirse el cuerpo, para lo cual se nos han proporcionado los materiales. Me explico: La admirable paciencia con que la monja soporta sus dolores da cuenta de su martirio y nos representa mediante el símil de la piedra su entereza. Gracias a él hemos entrado en otro dominio plástico, el del cuerpo sujeto al padecer, reproducible, materia tratable que se puede alterar, dañar, pintar o esculpir. Se ha iniciado el cambio de escenario, hemos entrado al verdadero discurso edificante, el que inscribe y graba en el cuerpo del edificado, el otro cuerpo —el de Cristo—.

La viva semejanza

Oviedo es ahora el dueño del discurso: Inicia el sermón con una metáfora plástica y tradicional, la que pretende que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios:

Aquel gran Dios, que al formar el primer gran hombre, intentó copiar en él una perfecta imagen de sí mismo, al reformar con el pincel de su omnipotente mano al pacientísimo Job, tiró a sacar una semejanza muy viva de Jesús crucificado. Por eso llaman los intérpretes a Job, figura de Cristo...¹⁸

La tradicional idea de la creación como una imagen repetida: la de la semejanza con el creador, se concreta aquí mediante una imagen plástica, la de la reproducción pictórica, “la copia que hace Dios de sí mismo” y la consiguiente producción de dobles, modelos para armar y representar. El retrato es un espejo donde se refleja un Dios humanizado y sensible, cuyo cuerpo es doloroso:

¹⁷ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, T. IV. México, FCE, Biblioteca Americana (edición de Alfonso Méndez Plancarte, tomos I, II y III; Tomo IV, edición de Alberto G. Salceda) T.I. Lírica personal, primera reimpresión, 1976. T.II, Villancicos y Letras Sacras, primera reimpresión, 1976. T. III, Autos y Loas. Primera edición, 1955. T. IV, Comedias, Sainetes y Prosa, primera reimpresión, 1976. SJ.

¹⁸ La paginación del sermón comienza aquí, *op. cit.* p. 1.

Cristo, original admirable de esta copia, ... padeció no como quiera, sino como hombre Dios, y por ello padeció a maravilla, padeció milagrosamente, pues siendo Dios hombre, y por ello Bienaventurado, cada tormento que padecía era un portento, era un milagro. Y sólo pudiera padecer de milagro, y a maravilla quien era copia de original tan valiente. Cristo no consumó en un instante su pasión prodigiosa, sino que con tormentos añadidos a tormentos le hizo ejemplar de un maravilloso padecer. Y queriendo sacar en Job la copia de sí mismo, una y otra vez como artifice diligente y cuidadoso, con tantas nuevas pinceladas, ¡cuántos dolores de nuevo le añadía!, sacó perfecto a maravilla la imagen del sufrimiento (Oviedo, fol. 1).

72

Job es un modelo anterior a Cristo, la prefigura; sus máximas cualidades son dos, soportar con gran paciencia su padecer y concentrar en su cuerpo todo el dolor. Su dolor es representable y la forma como se manifiesta constituye la historia de la edificación. La monja María de los Dolores será por consecuencia la tercera copia de la serie.

La vida edificante carece de densidad, está armada a base de momentos clave, figuras del relato, mediante los cuales se va haciendo el retrato; fuertes pinceladas captan la intensidad del parecido con su modelo. Cada momento crucial de la vida del mártir "excede la medida, el peso, la densidad" de la vida cotidiana y alcanza por ello lo admirable, se vuelve maravilla.¹⁹ La hagiografía se inicia en el momento de la predestinación: Dios manda una señal cuando el biografiado es aún un niño, alrededor de los siete años cuando "ya le raya la luz de la razón". En María Inés la señal es la ceguera, producto de una enfermedad y equivocación de los médicos pero interpretada por Oviedo como "una disposición admirable de Dios", un signo de la predestinación. Se procede a levantar un catálogo de enfermedades, distribuidas a lo largo de su vida mortal. Una epilepsia a los dieciséis años, agravada por males nefríticos y enfermedades digestivas, padecimientos propios de la mujer, amén de llagas, apostemas y alteraciones nerviosas. Cada una de las enfermedades va acendrando la copia de la divinidad y modela su retrato de acuerdo con otras copias divinas: su cuerpo es el teatro de los tormentos y reproduce varios esquemas de santificación, por ejemplo la de la parrilla de San Lorenzo. Las marcas que se inscriben en el cuerpo son las señas indelebles de la Pasión. Cada enfermedad es el síntoma de un milagro: la epilepsia impulsa su cuerpo hacia adelante gracias a un agente sobrenatural, el cuerpo se tuerce y se arquea, imita los retorcimientos de Cristo en la Cruz, pero basta un trago de agua bendita para reestablecer su equilibrio natural. Por disposición divina su cuerpo debilitado por el ayuno y los continuos dolores se fortalece: Las "saetas que el Señor le clavaba, cuya violencia le chupaba, le bebía todo el espíritu y la sangre", dan cuenta de la presencia de Job como modelo paternalista que le enseña a soportar el

¹⁹ Ver Sánchez Lora, *op. cit.* Cap. VIII y IX, pp. 359-453. y Michel de Certeau, "La combinación de los hechos, de los lugares y de los temas revela una estructura propia que no se refiere esencialmente a 'lo que pasó', como ocurre con la historia, sino a 'lo que es ejemplar'. Las *res gestae* no son sino un léxico. Debemos considerar cada 'vida de santo' más bien como un sistema que organiza una *manifestación* (sic), gracias a una combinación topológica de 'virtudes' y de 'milagros'". p. 288.

sufrimiento, y su presencia, un poco obscena, hay que confesarlo, es vista como nutrición: leche y sangre espiritual que la alimentan:

Esto es la grosura y substancia de la leche, y que con esa leche se alimentaba y nutría la sangre y espíritu de Job: como que las saetas con que el Señor le afligia fuesen maternos pechos, abundantes de leche que lo sustentaban... Pues si los tormentos con que Dios aflige a Job son veneno que mata, ¿cómo son pechos que vivifican? Si chupan y agotan la sangre y consiguientemente acaban con la vida, ¿cómo son leche substancia que la fomentan? Porque eso tienen por ser tormentos no naturales y ordinarios, sino admirables y maravillosos... Los tormentos naturales y ordinarios desflaquecen; los admirables y maravillosos dan más fuerzas...(Oviedo fol. 6).

Su paciencia infinita es ejercitada con la oración y la meditación: “su materia ordinaria era la vida, Pasión y Muerte de nuestro Redentor, a la que se aplicaba con tal estudio que parece la traía *estampada* en su corazón” (Oviedo, fol. 12). El exceso de males no la hace entonces menos fuerte sino que le da una admirable resistencia, la de la piedra, para soportar el sufrimiento. En su cuerpo se libran batallas campales, los demonios la asaltan desde dentro con visiones, pero su pureza se mantiene incólume, es una estatua de sí misma, a pesar de los movimientos espasmódicos a los que la somete la epilepsia: es más, podría decirse —si continuo en la línea que he venido proponiendo— que la vida edificante se ordena a manera de una galería de estampas o se graba en relieves enmarcados, y actúa como uno de esos predicadores mudos que rodean e iluminan al creyente, colocados en las puertas de la iglesia, o en sitios estratégicos del recinto sagrado. Sor María de los Dolores se petrifica en una estampa, la que representa cada vez mejor su afán por “conformarse más y mejor con su Esposo Jesús Crucificado” (Oviedo, fol. 17).

El cuerpo de la asceta, así marcado, se transforma en imagen viviente, paradójicamente casi estática, del Redentor,

“La mano derecha no sólo se le cerró apretadisimamente, firmando con los dedos la señal de la Cruz, sino que se le quebró por la muñeca, llegándole a juntar y pegar el puño cerrado de la mano con la canilla del brazo... y lo más prodigioso era que con dolores tan acerbos y terribles en todos los dos años y cuatro meses permaneció tan entera y cabal en el juicio, tan libre en la parte racional como si estuviera del todo sana y buena (Oviedo, fol).

Su pasión corporal y anímica es de tiempo completo: ha vivido para modelar su cuerpo en imagen y semejanza del Salvador pero se ha quedado en una sola figura, la que lo inmortaliza clavado en la cruz. La gran distancia que existe entre ella y Cristo —parece insinuar el Padre Oviedo— se acorta con su padecer y, sobre todo, con su vida, esfuerzo de perfección para imprimir una estampa, o para darle a su imagen la consistencia alucinante y sanguinolenta de un Cristo de caña. Cuando muere, Dios le concede un último milagro: una niña de cuatro años, su devota, decide morir para acompañarla en su tránsito hacia lo celes-

tial. A los cuatro días “naturales”, especifica Oviedo, la pequeña vuela hacia el Cielo para sentarse junto con su madrina y el Salvador en los jardines del Paraíso, convertidos los tres en una santísima y casi sacrilega Trinidad. Oviedo advierte, sentencioso que “la esfera de un sermón” no permite abundar sobre datos específicos de la vida por lo que sólo ha escogido algunos para la común edificación. De esta manera todos estamos incluidos en el edificio, formamos parte de la sacralidad instaurada en la predicación ocupando un lugar dentro del recinto dedicado al Señor. La letra impresa sella la obra. El edificio entero, perfectamente concluido, está ante nosotros: el cuerpo mortificado de la monja ha sido la materia prima necesaria para construirlo. ¿Existe mayor prodigio?